

OSVALDO “BEBO” GRANADOS

60 AÑOS  
DE CASTA

*Historias del Microcentro, la bohemia,  
el periodismo y otras especies en extinción*

*Ariel*

OSVALDO "BEBO" GRANADOS

# 60 AÑOS DE CASTA

Historias del Microcentro,  
la bohemia, el periodismo  
y otras especies en extinción

*Ariel*

## Una bala en Télam

Sentí una bala quemando mi pierna. Durante mucho tiempo estuve convencido de que fue el rebote de otro tiroteo, de esos que podían tener lugar dentro de la agencia de noticias del Estado, Télam, ubicada a cinco cuadras de la Casa Rosada. En el interior del viejo edificio de la calle Chacabuco había periodistas, fotógrafos, administrativos y choferes –incluso visitantes– que llevaban armas de fuego con la misma naturalidad con la que portaban sus propios documentos de identidad. Buenos Aires era una ciudad conmovida por la violencia cotidiana. En un piso de la agencia había integrantes de la extrema derecha peronista y en otro, simpatizantes o integrantes de Montoneros; a menudo se cruzaban entre escritorios, máquinas de escribir y archivos. Así transcurría 1974 en aquel espacio heterogéneo

en el que había aterrizado como presidente del directorio. Tenía 36 años.

Cuando se desató el tiroteo estaba con mis amigos Mauro Labombarda, Máximo Soto y Juan Miguel Elizalde. De pronto, el ardor en la pierna: ya tenía la bala adentro. El periodista Enrique Sdrech, uno de los jefes en la redacción, me encontró sangrando. La hemorragia era profusa, muy visible. “Hay que llevarlo al hospital”, alertó. “¿Por qué? ¿Qué le pasó?”, preguntó alguien. “Es que tiene un ataque al hígado”, respondió Enrique. Era habitual su humor negro.

Antes de llegar al hospital, retrocedamos unos meses y repasemos cómo llegué a Télam. Yo era un hombre de Letras, todavía no me había recibido como profesor, pero ejercí la docencia unos años, y en paralelo empecé a trabajar como periodista especializado en economía y finanzas en el diario *Clarín*. Antes había estado en *La Prensa*, y renuncié al diario de Alberto de Gainza Paz para irme a *Clarín* justo en un momento en el que tenía lugar una disputa por la herencia de Roberto Jorge Noble Larrosa, la misma que terminaría con el matutino del lado de los desarrollistas y luego de Ernestina Laura Herrera, viuda de Noble. En el ambiente político y entre los periodistas *Clarín* era considerado como una herramienta de difusión de las ideas de Rogelio Julio Frigerio, el gurú del expresidente Arturo Frondizi. Los hermanos Fernando y Enrique Alonso resultaban muy influyentes en el diario y fueron ellos los que me invitaron a sumarme a la redacción. Eran periodistas de fuste.

El clima político de aquellos años estaba atravesado por el Cordobazo y la aparición de Montoneros con el secuestro

y asesinato de Pedro Eugenio Aramburu. El teniente general Alejandro Agustín Lanusse ya había reemplazado a Juan Carlos Onganía como presidente de facto de la autodenominada Revolución Argentina. Los militares golpistas que en 1966 se habían propuesto “gobernar sin plazos”, apenas unos años más tarde intentaban sostenerse en el poder ante la ofensiva de Juan Domingo Perón y la posibilidad siempre latente de un regreso desde Madrid, donde se mantenía exiliado desde 1960, luego de haber pasado cinco años entre el Paraguay de Stroessner, Panamá, Nicaragua, Venezuela y la República Dominicana de Omar Torrijos.

En los setenta el peronismo tenía una presencia importante en el debate cultural, con muchas y variadas voces de intelectuales peronistas. Otra de las características de la época era la necesidad de estar muy cerca de alguna tribu política –o quizás dos– para tener cubiertas las espaldas lo mejor posible. Yo frecuentaba a José María Castiñeira de Dios, integrante del núcleo fundador del peronismo, que además era creativo publicitario; también a Juan Carlos Chávez Paz y José Rodríguez Pendás. A su vez, mantuve una amistad con el ideólogo de la izquierda nacional, el “Colorado” Jorge Abelardo Ramos.

Fue Castiñeira de Dios quien en 1973 me ofreció coordinar los informativos de varias radios que eran propiedad del Estado: Mitre, Antártida y El Mundo. Para ese entonces ya había vuelto el peronismo al poder, primero con Héctor Cámpora y a los pocos meses con el propio Perón. En mayo de 1974 me invitaron a participar como periodista de la gira internacional por la Unión Soviética que encabezó el minis-

tro de Economía José Ber Gelbard, que incluyó también Checoslovaquia, Polonia y Hungría. Al regreso, y a pesar de mi juventud, me ofrecieron la presidencia de Télam.

Dudé mucho en aceptar. Los acontecimientos que se cocían a fuego lento en la convulsionada sociedad argentina implicaban un riesgo de vida concreto. Además, ya era evidente el avance en la estructura del Estado del ministro de Bienestar Social, José López Rega, con todo cuanto ello significó y significa hoy, a la luz de los tiempos que, implacables, juzgan las decisiones de ayer sin lugar para la indulgencia. Por otra parte, yo era un periodista en relación de dependencia con la empresa Arte Gráfico Editorial Argentino (AGEA), propietaria de *Clarín*. No fue fácil la decisión.

Consulté con Marcos Cytrynblum, mi jefe en el diario, cuáles eran mis posibilidades, y me explicó las condiciones, me dijo que no había problemas, que me tomara licencia sin goce de sueldo. Pero a las veinticuatro horas me llamó Jorge Alonso y me pidió un favor: que tratara de que Télam le pagase al diario al menos parte de la deuda que tenía con ellos: “Lo que te pido no es nada ilegal y a vos no te va a complicar la vida, porque es un pago de deuda. Hace años que nos deben plata y nos tienen agarrados porque saben que no estamos bien financieramente”. Me dijo que la deuda era enorme y que eso estaba causando muchas dificultades. Pero, ¿por qué no les pagaban? La respuesta era cantada: el gobierno buscaba condicionarlos en lo ideológico y someterlos a una presión financiera para que se inclinaran a apoyar la política económica de Gelbard, una extorsión para cambiar la línea editorial desarrollista afín a Frigerio. Como

parte de esa estrategia de presión, antes ya habían entronizado como secretario de redacción a Oscar García Rey, mano derecha del ministro de Economía, para que ejerciera control sobre lo que se publicaba.

Llegué a Télam con una convicción: si no conseguía cumplir con ese pedido en mis primeros días, no iba a poder hacerlo después. La Argentina estaba ganada por el vértigo y nadie podía saber qué iba a pasar al día siguiente. Finalmente, logré que se le pagara el 30 por ciento de la deuda a *Clarín*, y al día siguiente Alonso me llamó por teléfono: “Pibe, acá tiene la puerta abierta”. Mientras tanto, me preparaba para sumergirme en la guerra doméstica del peronismo dentro de la agencia, en aquel edificio antiguo y enorme de calle Chacabuco que parecía un corralón. Abajo estaba la administración y arriba la redacción, dividida por compartimentos para evitar que se cruzaran los bandos enfrentados ideológicamente. Había una separación muy fuerte que incluía, desde ya, cruces a balazos.

Recuerdo que había un periodista que venía a verme con dos revólveres en la cintura, uno de cada lado. José María Tarquini se llamaba, un nacionalista de ultraderecha que había trabajado en un diario franquista en España y había sido el primer jefe de redacción de la revista *El Caudillo*, órgano de difusión de la Juventud Peronista, el Comando de Organización, la Juventud Sindical Peronista y la Triple A. Tarquini llegó a Télam puesto por Carlos Villone, el sucesor de López Rega en el ministerio de Bienestar Social, y andaba armado por la agencia como si fuera una cosa normal, a la vista de todos. Curiosamente, terminaría asesinado por la Triple A.

Mientras estuve como presidente del directorio hubo dos tiroteos. En el primero una bala dio contra una pared, en el otro terminó en mi pierna; pegó antes en el brazo de un sillón y después me entró en la cabeza del fémur, ya sin pólvora. Por eso nunca me la sacaron del cuerpo: los médicos me explicaron que no valía la pena hurgar, que se encapsularía sola y que era un riesgo inútil extraerla. La tengo hasta el día de hoy, cincuenta años más tarde. En el control de seguridad de los aeropuertos siempre suena la chicharra de alerta. Y cada vez que escucho el sonido viene a mi cabeza el momento en que Enrique Sdrech dijo que debían llevarme al hospital y me cargó en un auto.

Yo le pedí que no me llevaran a un hospital público, sino al Sanatorio de la Unión Obrera Metalúrgica, porque allí trabajaba una de mis tías, Leonor Fernández de Domínguez, hermana de mi madre. Veinte años después me enteré de que la gente de Guardia de Hierro que estaba trabajando con Villone lo interpretó como que yo era un espía de Lorenzo Miguel, el emblemático secretario general de la UOM, reconocido enemigo de López Rega. ¿Por qué otra razón podía llegar a expresamente que me atendieran ahí? “Este es un espía, lo tenemos que hacer boleta”, concluyeron.

¿Cómo lo supe? A principios de los noventa estaba en una de las tantas fiestas que organizaban las empresas de servicios públicos recientemente privatizadas por el gobierno de Carlos Menem. Eran veladas pantagruélicas a las que asistían políticos, figuras del espectáculo y periodistas. Los comienzos de la pizza con champagne. Se había hecho tarde y yo tenía que irme, porque entraba a las seis de la mañana a

Radio Continental: en aquellos años hacíamos *Primera mano* junto a Carolina Perín y Luis Majul. Antes de retirarme, salí a un balcón a tomar un poco de aire y, de paso, despedirme de algunos amigos. Miraba el cielo estrellado de Buenos Aires y pensaba que era una lástima tener que marcharme en lo mejor de la fiesta. En ese momento escucho a mis espaldas una voz aguardentosa que dice: “¡Vos sí que te salvaste!”. No sabía si me hablaba a mí, pero igual me di vuelta. Creí reconocer la voz. Y sí, efectivamente era Carlos, reconocido periodista que había integrado la agrupación Guardia de Hierro, que simpatizaba con López Rega. A esa altura de la noche, y con el alcohol eliminando las inhibiciones, fue él quien me confesó los detalles del malentendido.

A partir de esa confesión terminé de armar el rompecabezas de la bala en mi pierna. La hipótesis inicial en aquel momento era que me había dado de casualidad, literalmente de rebote, pero esa percepción fue cambiando cuando días después, de regreso a Télam, recibí una amenaza explícita de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina, el grupo de ejecución de López Rega): figuraba en una lista de sentenciados a muerte en la que también aparecían, entre otros, Tomás Eloy Martínez, Carlos Somigliana, Alfredo Alcón y María Rosa Gallo. El mensaje era claro: renunciaba o era un ejecutable, como se decía en el lenguaje de la época. Siempre creí que la amenaza venía por el lado de mi adscripción juvenil a la izquierda nacional y la vinculación ideológica con el Colorado Ramos y Castiñeira de Dios, jamás supuse que tendría que ver con una fantasía conspirativa que mezclaba a mi tía con Lorenzo Miguel.

Traté de minimizar el asunto, pero había temas con los que no se jugaba en aquel 1974. Para colmo, el sector de izquierda dentro de Télam se enamoró de mí en veinticuatro horas. “Si a este lo amenaza la Triple A, es nuestro”, dedujeron. Entonces organizaron una cena como para cien personas en un restaurante que había en el Pasaje Carabelas, a metros del Obelisco. Una especie de agasajo, de recibimiento afectuoso después de lo que me había sucedido. Pero no pudo ser. Mientras estábamos entrando y buscábamos acomodarnos en las mesas, vinieron los mozos y nos dijeron que nos teníamos que ir: “Acabamos de recibir una amenaza de bomba”. El homenaje terminó sin haber empezado y yo tomé dimensión real de mi presencia en esa lista. Eran tiempos extremos. El 11 de mayo había sido acribillado el sacerdote Carlos Mugica. Unos afirman que fue la Triple A y otros se lo adjudican a Montoneros.

La Triple A sí se hizo cargo de otras ejecuciones en aquel año...

- El 31 de julio asesinaron al abogado y diputado nacional Rodolfo Ortega Peña y también a su mujer. Les dispararon al bajar de un taxi en Carlos Pellegrini y Arenales, pleno centro de la ciudad de Buenos Aires.
- El 6 de agosto, en La Plata, cuatro militantes peronistas fueron secuestrados y luego acribillados. Los sacaron de sus domicilios y los ejecutaron. Se trataba del suboficial retirado Ireneo Chávez y su hijo Rolando; el estudiante de periodismo Luis Mancor y el titular del Sindicato Único de Petroleros, Carlos Pierini.

- El 7 de septiembre tuvo lugar un atentado contra el entonces decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Raúl Laguzzi. En el ataque murió su pequeño hijo, Pablo Laguzzi, de apenas cinco meses de edad. El decano y su mujer se exiliaron en México.
- El 10 de septiembre, el abogado Alfredo Alberto Curutchet fue interceptado en la vía pública en la localidad de San Isidro; maniatado, le dispararon con armas de calibre de 9 y 12 milímetros.
- El 20 de septiembre, en horas del mediodía, asesinaron en el barrio porteño de Barracas al subjefe de la Policía Bonaerense, Julio Troxler, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos en los basurales de José León Suárez en 1956, que se relatan en *Operación Masacre*, el libro de Rodolfo Walsh.
- El 27 de ese mismo mes, un comando de ocho personas ingresó a la vivienda de Silvio Frondizi, hermano del expresidente. Se lo llevaron por la fuerza. Su yerno, Luis Ángel Mendiburu, intentó defenderlo, pero fue acribillado a balazos. Tres horas más tarde, se encontró el cuerpo sin vida de Frondizi.
- El 15 de noviembre, Marta Adelina Zamaro y Nilsa Urquía fueron secuestradas por la Comisión Anticomunista del Litoral (CAL), filial santafesina de la Triple A. Cuando encontraron sus cuerpos sin vida tenían signos de tortura, golpes y ahogamiento.

No me quedaba más alternativa que considerar la gravedad de aquella amenaza de muerte.

Además, tenía razón Sdrech en aquello que me dijo en determinada oportunidad. Él era un gran periodista, pero ante todo era un tipo decente, honesto y muy profesional en su trabajo, compartimos redacción en *Clarín* y llegamos juntos a Télam, yo como presidente del directorio y él como director periodístico. Poco antes de la amenaza, me vino a ver a mi oficina una noche, tarde, después de otro día rutinario y agotador. Entró y me dijo: “Vámonos, Bebo. Renunciemos y vamos. Todos los días tengo quilombos, se agarran a trompadas a cada rato, hay tiros, van al baño de a dos para cuidarse... No vale la pena. Y además estamos al pedo acá, no hacemos nada. Volvamos a *Clarín*, Bebo”.

Con Enrique había una gran camaradería, éramos de la cofradía de los asmáticos, los dos padecíamos esa enfermedad, nos recomendábamos e intercambiábamos medicamentos, también nos recetábamos curaciones caseras. Detrás del gesto adusto con el que apareció luego en televisión se escondía una persona muy graciosa, sarcástica, capaz de las ironías más sutiles y filosas. Me acuerdo de que me decía: “La gente de Norma Kennedy no me molesta, lo que quiero es que por lo menos sepan escribir”. Se quejaba de que debía revisar y corregir todas las notas, “y los ‘montos’ también, hacen una cuestión ideológica de cualquier cosa, no puede ser”.

Era cierto, la capacidad profesional no abundaba en esa agencia dominada por las pasiones políticas y los dogmas partidarios. A mí me pasaba lo mismo, pero con secretarias y asistentes. Había dos a la mañana que eran un desastre, no

entendían nada ni manejaban lo básico del trabajo; desconozco quién las había contratado. A la tarde, en cambio, había una señora en silla de ruedas que sabía idiomas, era preparada, conocía los pormenores de la agencia al dedillo y me explicaba los circuitos administrativos –formales e informales– que a mí se me escapaban. Hasta que un día vino un hombre de Casa de Gobierno, me comentó que lo había enviado Emilio Abras, un viejo militante de la Resistencia Peronista que trabajó como periodista en *Mayoría*, *Crítica*, *Crónica* y *Primera Plana*, y que había reemplazado a José María Castiñeira de Dios en la Secretaría de Prensa y Difusión (Abras fue el que designó como censor al tristemente célebre Miguel Paulino Tato). La cuestión es que este enviado tenía un recado para darme: “Te tengo que informar que la secretaria que está en silla de ruedas es de los servicios, la vas a tener que rajar”. Seguramente no se esperaba mi respuesta: “Pará, boludo, no la puedo rajar, si es la única que sabe”. “Bueno, yo te aviso nomás, vos hacé lo que quieras”, me dijo. Y partió.

El que se terminó yendo a los poquitos meses fui yo: estuve medio año en total. Pasó el tiempo y, cuando llegó el golpe del 24 de marzo de 1976, entró a la agencia Gustavo Levene como presidente del directorio y cara civil. Quienes verdaderamente se hicieron cargo de Télam fueron otros: en el reparto de áreas del Estado que se hicieron entre las Fuerzas Armadas, la agencia de noticias quedó para la Marina. Y junto con la Marina volvió la secretaria de la silla de ruedas, a quien habían echado después de que yo me fuera.

Aquellos seis meses de Télam fueron bravos, yo era joven y caí en un lugar y un contexto muy complicados. Aunque

llevé a trabajar conmigo a algunas personas de confianza, la situación fue insostenible, sobre todo a partir del tiroteo. Elizalde, Soto y Labombarda estuvieron en ese momento y fueron de gran ayuda para mí. Juan Miguel Elizalde era un primo político mío y se ocupaba de las cuestiones más operativas, tenía todo en la cabeza; Máximo Soto era poeta y además crítico de cine, y Mauro Labombarda era un nacionalista peronista, profesor en la Universidad de Salvador. A los tres los conocí de jovencitos, militábamos juntos a los 20 años en el peronismo, abrevábamos en la izquierda nacional de Abelardo Ramos y construimos una relación fraternal. Conservo grandes recuerdos de ellos.

Luego de esa experiencia intensa, regresé a *Clarín*. Para variar, allí también tenían lugar situaciones de violencia, desde una balacera a sus talleres gráficos por parte de gente de la UOM, hasta el secuestro de su apoderado general, Bernardo Sofovich, perpetrado por el ERP-22 de Agosto, una facción escindida del Ejército Revolucionario del Pueblo.

Además, 1974 era un año en el que la comisión gremial interna del diario pisaba fuerte, tenía mucho protagonismo y una actitud combativa, acorde al contexto político y social. Participaban de cada protesta, cada lucha, cada conflicto en el que hubiera un trabajador involucrado (incluso habían llegado a presionar físicamente a dos directivos del diario). Eso generaba que en la redacción hubiera dos o tres paros parciales por semana en solidaridad con otros trabajadores, algo que era muy común en la época y que sin dudas alteraba la dinámica laboral. A los jefes se les hacía difícil cumplir con los requerimientos de cada sección, pero también a

los propios periodistas a veces nos complicaba ese estado de ebullición permanente. Pero en cierta oportunidad eso dio lugar a una situación desopilante. Hubo un conflicto en la empresa Terrabusi –que incluyó despidos de trabajadores– y la comisión interna del diario determinó que debíamos hacer un paro de actividades de cinco horas “en solidaridad con los compañeros trabajadores despedidos”. A Jorge Göttling no le interesaba la política y estaba un poco agotado de esa vorágine, él tenía un espíritu más bohemio, le gustaba el tango; era una especie de poeta urbano “el Alemán”. Y ese día, a su modo, se hartó. Cuando le informaron que había que parar en solidaridad con los trabajadores de Terrabusi, miró con su parsimonia habitual a los de la comisión interna y les dijo: “¿Por qué tengo que parar por lo que está pasando en Terrabusi, si yo ni siquiera como galletitas?”.

El secretario general de redacción de ese entonces era Marcos Cytrynblum, con quien teníamos una relación de mucha familiaridad. Una noche me llamó y me ordenó que no me involucrase más en cuestiones políticas, que estaba al límite y que debía apartarme de todo eso: “Si tenés demasiado tiempo libre, no sé, buscate una mina, pero en política no te metas más”. También me ordenó que ya no fuera a trabajar a la redacción del diario, que directamente fuera al Ministerio de Economía, al Banco Central y a la Bolsa de Comercio: “Vos redactás la información y la mandás a través de un motociclista”. Así fue mi trabajo el resto de 1974, todo 1975 y el comienzo de 1976.

Luego del golpe de Estado del 24 de marzo, la redacción quedó diezmada (se “fueron” entre un 40 y un 50 por cien-

to de los periodistas, tras cobrar su indemnización forzosa) y Marcos me llamó para que regresara. Teníamos que hacer de todo y rápido. Aprendí una enormidad en esos años a su lado. Yo creía que me las sabía todas, pero él me enseñó a desarrollar estrategias y competencias en el manejo de los textos periodísticos, a dilucidar dónde estaba la esencia de cada nota, su núcleo, lo apetecible, “eso que la gente quiere saber”, como solía recalcar. Aprendí a extraer la sustancia de un hecho, a redactarlo como noticia y a ponerle un título atractivo. Redactaba, copeteaba, titulaba y hasta resumía notas de otros, todo en tiempo récord. Fueron muchos meses trabajando bajo presión para que el diario siguiera saliendo en tiempo y forma. Aquel duro entrenamiento me preparó para el ejercicio del periodismo oral.